

## ENCARCELADO Y PUESTO EN LIBERTAD

En una ciudad de Sudamérica, un ladrón robó un día dinero del negocio donde trabajaba Miguel. Por supuesto, el dueño comunicó en seguida esto a la policía.

Cuando la policía llegó, Miguel estaba aún allí. “Este muchacho debe haber robado el dinero”, dijeron los de la policía.

El dueño del negocio contestó: “Miguel no lo ha robado. Es cristiano, y nunca haría una cosa tal”.

“Pero él era el único que estaba en el negocio, fuera de Ud. Tendremos que llevar a Miguel a la cárcel”.

La policía no fue bondadosa con el muchacho. Procuraron obligarlo a decir que él había robado el dinero. Le pusieron cadenas en las muñecas y se las retorcieron hasta que las cadenas cortaron la carne. Además, se burlaron de Miguel. Le dijeron: “Tú pretendes ser cristiano. Ora a tu Dios y pídele que te saque de la prisión”.

“Yo no he robado el dinero, y no puedo decir que lo hice, aunque me torturen”, dijo el muchacho.

Los amigos de Miguel hicieron todo lo posible para que lo soltaran. Le dijeron a los de la policía: “Uds. no pueden probar que él robó el dinero. ¿Por qué lo mantienen en la cárcel?”

Los oficiales contestaron: “Debemos mantenerlo aquí por dos semanas, mientras buscamos las pruebas de que él lo hizo”.

El dueño de la carpintería fue a rogarles: “Yo lo necesito. Miguel es un buen muchacho”. Pero la policía no lo quiso soltar.

El viernes de noche, los amigos de Miguel se reunieron para orar. Pidieron a Dios que lo librara de la cárcel. Después de la reunión, mientras conversaban juntos, tuvieron la impresión de que debían orar otra vez, y así lo hicieron.

El sábado de mañana, realizaron el culto en la parte posterior del edificio, en vez de hacerlo en el salón de adelante. Pensaron que si la policía oía los cantos, podría llevarlos a la cárcel a ellos también.

Había un largo caminito que conducía a la pieza del fondo donde estaban celebrando la reunión. Al fin del camino, había una puerta donde una niñita estaba de guardia. De repente, entró corriendo en la pieza, gritando: “¡Viene Miguel! ¡Viene Miguel!”

“No —dijeron las personas reunidas—, ¡no puede ser Miguel!”

“Sí, ¡es él! ¡Es él!” insistió la niña.

Todos corrieron para recibirlo. “¡Qué maravilla verte aquí! ¿Cómo saliste?” preguntaron, llenos de sorpresa.

“No sé —contestó Miguel—. Todo lo que sé es que los oficiales vinieron, me sacaron las cadenas y me dijeron que me fuera”.

La gente se arrodilló de nuevo a orar. Esta vez fue para dar gracias a Dios por haber protegido a Miguel y haberlo librado de la cárcel.